

Nuevos amigos para Clementina



Texto: Anna Espinach

Ilustraciones: David Carretero

— **E**l día 6 llegaron a la casa donde pasarían el verano. Todo lo que quedaba de julio y agosto entero. Era una casa bastante grande, en medio de un pequeño pueblo de montaña donde el aire era fresco y limpio. A mediodía, el cielo era tan azul que dolía tan solo mirarlo y durante las noches se podían contar más estrellas que en ningún otro lugar del mundo. A Clementina le gustaba la montaña, le gustaba aquel pueblecito y la casa que habían alquilado sus padres para pasar las vacaciones. Tenía un porche con una gran mesa y bancos de madera, una habitación en el desván e incluso una balsa donde bañarse. Tenía también un jardín con flores silvestres. A Clementina le parecía que no podía pedir nada más. Era el refugio perfecto para ella, sus libros y sus bloques de dibujo, que esperaba llenar antes de volver a la escuela. Tenía todo el tiempo del mundo. Todo el tiempo del verano.

Al tercer día de estar allí, un miércoles, hacia las 11 de la mañana sonó la campanilla de la entrada. Clementina se asomó por la ventana de la buhardilla, curiosa, esperando ver quizás al cartero. Pero detrás la puerta de hierro de la entrada le pareció ver cinco o seis niños. Su padre fue hasta la puerta, con mucha calma, y abrió la puerta. Al otro lado, apareció un grupo de niños de entre siete y doce años. Sin moverse ni perder la expresión de consternación -y, un poco, de malestar- Clementina observó como su padre hablaba con ellos, los hacía pasar y, en un momento dado, señalaba hacia la ventana. Hacia ella. Los niños levantaron los ojos, siguiendo el dedo de su padre. Entonces la vieron. Y Clementina sintió una bocanada extraña, un sentimiento conocido que le subía hasta el cuello y le quemaba las mejillas. En ese instante, como un acto reflejo, se agachó, desapareciendo de la vista de aquel grupo de extraños a quien su padre acababa de dar la bienvenida.

Toc toc. Su padre abrió la puerta de la buhardilla y se encontró a Clementina sentada en el suelo, todavía. No se había atrevido moverse. *Son los niños del pueblo, han venido a conocerte.* Pero Clementina no tenía ninguna intención de ir a saludarlos, no por pereza, sino porque las cosas desconocidas la inquietaban, la ponían nerviosa, le daba igual si eran personas, lugares o situaciones. Acostumbrarse a los niños nuevos del pueblo requería demasiado esfuerzo y el verano no era tan largo como para gastarlo con dolores de barriga. *Ya les puedes decir que se vayan... y que no es necesario que vuelvan.* Lo dijo sin maldad, solo con miedo de que aquella situación se repitiera una y otra vez. Sabía cómo podían llegar a ser de insistentes, los niños.

Al día siguiente los niños no volvieron y Clementina respiró, aliviada. Pero por la tarde, cuando acompañó a sus padres a tomar un helado en la plaza, se los encontró de frente. El mayor la saludó con la mano. La más pequeña corrió hacia ella y se presentó. Y otro, que se llamaba Quim y llevaba las manos y las rodillas muy sucias, la invitó a jugar con ellos al pilla pilla. Pero Clementina no respondió a nada. Tan solo negó con la cabeza y se sentó de espaldas a aquella tropa de desconocidos. *¿No ves que te lo pasarías mejor con ellos que con nosotros?* Intentaba convencerla su padre. Pero ella estaba tan abrumada que no era capaz ni de decidir de qué sabor quería el helado.



A partir de la tercera semana de julio, mañanas, tardes y noches ya era siempre todo igual. La montaña de libros iba disminuyendo y el montón de dibujos crecía. En la panadería y el colmado ya conocían a Clementina -aunque no soltaba más palabras de las imprescindibles- y ella ya conocía las caras de aquel grupo de chavales que se pasaban el día arriba y abajo por las calles. De toparse con ellos, de oírlos gritar, de mirarlos jugar de reojo, ya sabía incluso sus nombres. Y, poco a poco, le fueron pareciendo algo menos extraños, algo menos desconocidos. Incluso interesantes. En especial María, una niña que debía tener la misma edad que ella y a la que a menudo veía sentada en las escaleras de la iglesia, dibujando o leyendo un libro.

Sin embargo, Clementina continuó observando como pasaba la vida desde la ventana de la buhardilla, sola. Seguía pensando que el pueblo era bonito, la casa acogedora y los cielos nocturnos los más poblados del planeta. Seguía observando el jardín desde allí arriba, mientras imaginaba que volvía a oír la campanilla de la puerta, que su padre abría y se encontraba con aquellos seis niños. Que los saludaba llamándolos a todos por su nombre y que entonces ella abría la ventana y los llamaba, con una sonrisa. ¡*Ahora bajo!* Y así lo hacía. Saltaba las escaleras de dos en dos, para encontrarse con sus nuevos amigos y ya no volvía hasta que el sol empezaba a caer, exprimiendo la tarde hasta que empezaba a oscurecer. Todo aquello se lo imaginaba Clementina. Pero no ocurría nada de aquello, porque ella no se movía de la ventana de la buhardilla. No se atrevía.

Entonces, llegó aquella mañana. La segunda mañana de la última semana de vacaciones. Al volver su madre de comprar, le dio un sobre a Clementina. *De parte de María.* Clementina notó como se enrojecía, como el corazón se le aceleraba. Con urgencia, abrió el sobre y sacó un papel: era el dibujo de la casa en la que estaban pasando las vacaciones. Se veía el porche y las flores, y en la ventana de la buhardilla, una niña rubia y pecosa que se asomaba. *Porque no te olvides nunca de donde pasaste las vacaciones.* Y firmaban María y el resto de los niños. *Quizás podrías ir a darles las gracias,* le dijo su madre mientras se comía su bocadillo. Quizás sí, pensó ella. Pero no dijo nada. Solo se limitó a pensar un rato, para valorar qué hacer.



La mañana pasó y llegó el mediodía. Clementina fue directamente a la plaza, pero no había nadie. Todo el mundo había huido del sol. Así que dio media vuelta y se marchó. Pero decidió tomar el camino más largo para ir a casa. Y al pasar por la fuente se los encontró. Jugaban al fútbol, debajo de la sombra de los robles. ¿Y ahora qué? Se preguntó Clementina, mientras los observaba. ¿Y ahora qué? Fue cuando casi da la vuelta para marcharse, que Jaime se detuvo y se dirigió a ella. *¿Juegas?* Clementina reaccionó. *No me gusta el fútbol.* María sonrió. *A mí tampoco. Podemos jugar a alguna otra cosa.* Y entonces se le acercó y se detuvo a dos palmos de ella. *¿Qué te gusta hacer, a ti?* Clementina no sabía qué responder, así que dijo la verdad. *Dibujar y leer. Y bañarme en la balsa. Me gustaría bañarme en el río, pero dicen mis padres que es peligroso.* A partir de ahí, todo fue rodado.

María, Jaime, Berta, Jordina, Elías y Quim se convirtieron en los amigos de Clementina aquellos últimos cuatro días de agosto. Indudablemente, los días más felices de las vacaciones. *¡Ojalá pudiera echar marcha atrás!* Se lamentaba Clementina. *¡Déjalo! Le respondía María. Mejor cuatro días que ninguno, ¿no? Mucho mejor.*

El verano se acabó, se acabaron las vacaciones y fue el momento de empezar tantas otras cosas. Clementina aprovechó que venía el frío para esconder la vergüenza bajo una alfombra de lana, porque después de todo le había quedado claro que, casi siempre, la vergüenza molesta más que no ayuda. Si ella misma no la hubiera vencido el día en que recibió el dibujo de María, aquel mediodía que fue a buscarlos, ahora aquel grupo no serían sus amigos. Y eso sí, que sería terrible.

Fin



*La guía de la salud y el
bienestar para tus hijos*



Los cuentos de la abuela es un recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de su página web (<http://faros.hsjdbcn.org/>) con el objetivo de fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.



SJJD

Sant Joan de Déu
Barcelona · Hospital